

Peter SLOTERDIJK

Salta a la vista, desde la perspectiva actual, la acabada postmodernidad de la parábola del anillo de Lessing, celebrada con buenas razones como el sermón de la montaña de la Ilustración: Aúna en sí misma el pluralismo primario, la positivación de la simulación, la suspensión práctica de la pregunta por la verdad, la *eskepsis* civilizatoria, la inversión de causas por efectos.

Lo que Lessing propone se encamina directamente hacia una transformación de la religión desde el punto de vista de la estética de la recepción. Esto anuncia el advenimiento de la cultura de masas al terreno religioso. ‘Ilustración’ no significa en este contexto otra cosa que una palabra clave para el convencimiento de que, algún día, tras la superación de una alienación históricamente desarrollada, las élites y la multitud coincidirán en percepciones y juicios de valor comunes. Si el poder llegar a ser popular se convirtiera en el criterio de verdad, se podría prever el desplazamiento de la disputa entre las religiones al campo humanitario.

Irónicamente las religiones monoteístas, sin excepción, no salen especialmente airosoas ante el tribunal del gusto popular, ya que el criterio de la consecuencia redundante por lo general en su perjuicio. No se precisa mucha perspicacia para darse cuenta de que entre el monoteísmo y la discordia en el mundo se da una correlación significativa.

¹ Publicado por vez primera en alemán en la revista *Cicero, Magazin für politische Kultur*, pp. 52 y 54, Enero, 2008. En esta misma revista se pueden encontrar otros artículos del mismo autor en los números correspondientes a julio de 2009, enero de 2009, noviembre de 2006, agosto de 2006, octubre de 2005.

¿Quién nos puede garantizar que la cualidad de ser agradable a Dios sea la misma que la de inspirar simpatía a los hombres? En realidad no se expresa la esencia del monoteísmo en otro rasgo tan claramente como en la disposición de los fanáticos para hacerse odiar por los hombres. Con su descuidada equiparación entre ‘agradable a Dios’ y ‘amado por los hombres’ es erróneamente guiado Lessing por el temprano optimismo ilustrado, que quería dar por supuesta la convergencia de intereses de élites y masas que el progreso había de proporcionar.

El desarrollo real de la Modernidad ofrece una imagen totalmente diferente, en este desarrollo se hace más profunda en cada nueva generación la separación entre la alta cultura y la cultura de masas y deja aparecer cada vez más claramente lo odioso de la alta cultura, o al menos su carácter sospechoso para la multitud, como rasgo elemental del más actual acontecer civilizatorio. Si se extraen de ello las consecuencias se entiende claramente por qué el monoteísmo se verá obligado algún día a poner las cartas de la alta cultura sobre la mesa, y si él mismo no reconoce su tendencia elitista voluntariamente (y también indirectamente su naturaleza polemogénica) se arriesga a que otros lo hagan en su lugar.

Un monoteísmo que agrada es una contradicción en sí misma. En una versión corregida de la parábola el padre debería encargar dos nuevos anillos completamente iguales, que tendrían que demostrar en una prueba práctica si poseían la fuerza inherente de hacer odioso al portador. La historia de los monoteísmos de hecho existentes encaja inequívocamente en una imagen claramente contorneada, si se pusiera a su base la referida segunda versión de la parábola del anillo como un guión oculto.

De hecho las religiones monoteístas se necesitan hoy mutuamente demasiado como para poder seguir luchando entre sí. Para pasar de la coexistencia hostil al diálogo deben borrarse de la lista de los *hate provider*, en la que hasta ahora ocupaban unas para otras los lugares más importantes. Este gesto es concebible sólo bajo dos presupuestos: o bien se unen a medio plazo los monoteísmos moderadamente fanáticos en una política exterior común frente a los no monoteístas, o bien cada uno de los monoteísmos reclama para sí el lado zelote del universalismo y se transforman en religiones de cultura no fanática -como se puede observar desde el s. XVIII en el judaísmo liberal, desde el s. XIX en la gran mayoría de las iglesias protestantes y desde el Concilio Vaticano II en las corrientes más liberales del catolicismo romano. Desarrollos análogos conoce también el Islam, sobre todo en Turquía desde 1924, así como en la diáspora occidental, donde es siempre recomendable presentarse como dialogante. Esta opción no requiere más que el paso de un universalismo militante a un universalismo del como-si. Un movimiento insignificante que supondría un cambio radical. Si sólo el camino civilizatorio está aún abierto, hay que poner en la agenda la transformación de los colectivos extremistas en partidos políticos.

Con ello retornamos a la parábola del anillo en su versión original. Aunque el primer juez habla discretamente de un colega posterior que habría de saber mucho más que él mismo –lo que aparentemente señala a un hombre–, la figura del segundo juez se puede equiparar sin duda alguna con Dios. ¿Pero de qué Dios trata el discurso entonces? ¿Es que puede ser, de hecho, todavía el segundo juez de la parábola del anillo el dios de Abraham, que presuntamente había sido también el dios de Moisés, el de dúo Jesús-Pablo y el del profeta Mahoma? Debe permitírse nos dudar de estas identidades en dos direcciones: a) retrospectivamente porque la equiparación del *El* de Abraham con el YHWH de la religión mosaica, con el Padre de la Trinidad cristiana y con el Alá de Mahoma no puede ser más que una convención piadosa, más exactamente, un eco que rebota bajo las retumbantes cúpulas de la semántica religiosa, y b) prospectivamente porque la Historia de las religiones al completo demuestra que, también dentro de las religiones monoteístas, el Dios posterior conserva sólo una lejana semejanza con el de los primeros tiempos. Con ello resulta incierto si el Dios que juzga en el momento del juicio final aún puede ser el aliado de sus primeros fieles.

Los diálogos interreligiosos serían fructíferos sólo si de ellos se siguiese que cada religión organizada asumiese sus errores apocalípticos antes de acusar a otras religiones de los errores correspondientes. Con ello observarían los moderados que sus correspondientes fanáticos y luchadores del fin de los tiempos son sólo por lo general activistas semicualificados para los cuales la ira, el resentimiento, la ambición y la búsqueda de razones para la insurrección preceden a la fe. El código religioso sirve exclusivamente como trama de una tensión de ira existencial socialmente condicionada que exige una liberación. En raros casos se habrá de obrar sobre ella mitigadamente con palabras religiosas de advertencia.

Lo que parece ser una nueva cuestión religiosa es en realidad la repetición de la cuestión social al nivel de una biopolítica global. Ésta no se puede abordar ni con una mejor religión ni con las mejores intenciones. Esto deberían saberlo los europeos que recuerdan las nada extrañas revueltas políticas mesiánicamente engalanadas de los siglos XIX y de comienzos del XX. Los instrumentos del momento son la ilustración demográfica y una política de desarrollo actualizado que importe el conocimiento acerca de la producción y reparto de la riqueza a los países que hasta ahora permanecían aislados por la pobreza, el resentimiento y las maquinaciones de las élites perversas. Los monoteísmos no entienden de ninguna de las dos, por el contrario son sospechosos de contraproductividad tanto en uno como en otro frente.

En tal situación deben las religiones razonables, transformadas en su actual estadio de emulación, buscar el enlace con la civilización secular y sus compendios teóricos en las ciencias de la cultura. Sólo gracias a esta alianza se pueden conseguir las fuerzas cuyo establecimiento y purificación se convierten en necesarias para neutralizar a los directores de la escena apocalíptica. Para ello hay que crear

simbólicos puntos de llegada que den a todos los actores de la campaña monoteísta la impresión de haber salido victoriosos. Sólo los no-perdedores pueden transitar por el vestíbulo de llegadas de la historia para buscar luego su papel en el mundo sincronizado. Únicamente ellos estarán preparados para asumir la responsabilidad de tareas que exclusivamente se pueden llevar a cabo con grandes coaliciones. Globalización significa que las culturas se civilicen entre sí. El juicio final desemboca en el trabajo cotidiano. La revelación se convertirá en informe ambiental y actas sobre la situación de los derechos humanos. Así regreso al *leitmotiv* de estas meditaciones, que se basa en el *ethos* de la ciencia general de la cultura. Lo repito como un Credo y le deseo que tenga la fuerza de expandirse con lenguas de fuego: el camino civilizatorio es el único que queda abierto.